



NOCIONES DE ARQUITECTURA AL ALCANCE DE TODOS.

CONCLUSION DE LA TERCERA CONFERENCIA.

Antes de seguir hablando de los órdenes griegos de Arquitectura, es indispensable diga brevísimamente algo de la *Mitología*, que es la historia de los dioses falsos que adoraron los paganos. En Grecia y Roma la idolatría se redujo á fábulas muy curiosas que os explicaré más en detalle en otra ocasion. Por ahora basta con saber que los dioses mayores ó celestes fueron: el Cielo ó *Uranó*; *Saturno*, que se merendó un dia á sus propios hijos; *Cibéles*, diosa de la tierra; *Júpiter*, el padre de toda aquella familia del Olimpo; *Juno*, señora de las riquezas; *Minerva*, la sabiduría andando con lanza, casco y la egida ó escudo; *Marte*, el dios de la guerra; *Vulcano*, dios del fuego y de los herradores, era muy feo, cojo y

con joroba; *Apolo*, dios de las artes, las letras, y tambien señor del dia, y por esto le llaman los poetas el rubicundo Febo ó Sol resplandeciente. Las nueve Musas del monte Parnaso formaban la córte de Apolo, presidiendo *Clio* á la historia; *Talia*, la comedia; *Melpomene*, la tragedia; *Euterpe*, la música; *Terpsícore*, el baile; *Erato*, la poesía ligera; *Polimnia*, la poesía lírica y la declamacion; *Urania*, las ciencias; *Caliope*, los poemas heróicos.

Diana, ó la Luna, fué diosa de los cazadores; *Mercurio*, dios de la elocuencia, de los viajeros, de los ladrones y de los mercaderes. (Ya sabéis, amables lectores, las aventuras de este caballero y demas compañeros de glorias y fatigas.) *Vénus*,

diosa de la hermosura, y *Cupido*, dios del amor.

Los dioses terrestres fueron: la diosa de los agricultores, llamada *Céres*; el señor *Baco* era gordinflon y gran bebedor, así es que tomaba

chispas fenomenales en union de su compadre *Sileno*, para que se le tuviera por el dios del vino.

Los dioses campestres se componian del dios *Término*, representado por una piedra en los caminos; *Flo-*

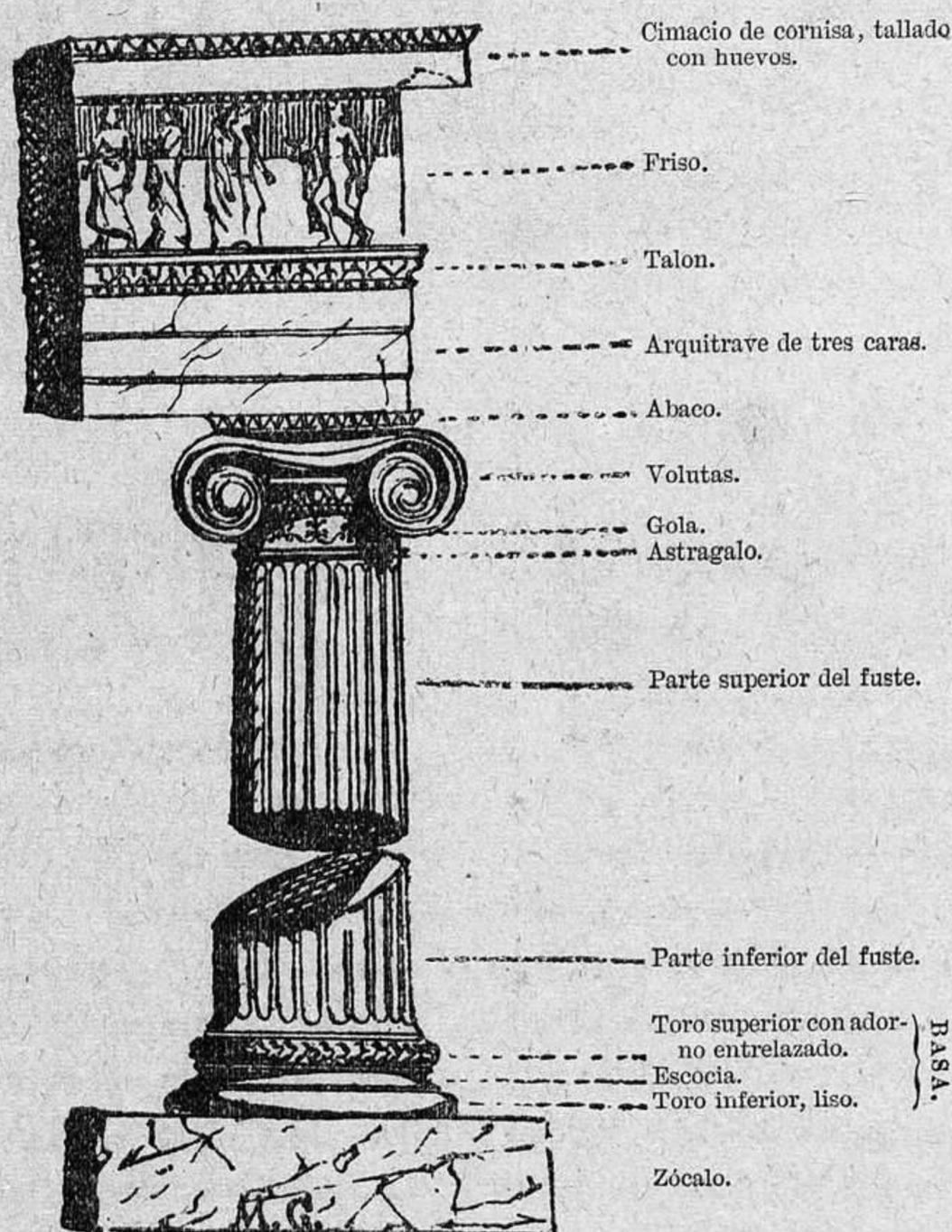


FIG. 21.— Órden ó estilo jónico-griego.

ra, diosa de la primavera y las flores; *Pálas*, diosa de pastores y ganados.

El dios *Pan*, cuyo nombre en griego significa *todo*, presidia á los campos y montañas.

Los *faunos*, *silvanos* y *sátiros* eran divinidades campestres. Tenian cuerpo de hombre, con patas de caballo

ó de buey; y barba, orejas y astas de chivo.

Los dioses acuáticos tenían por amo á *Neptuno*, dios del mar, de los rios y fuentes. *Triton* era el ayudante inseparable de Neptuno, con cuerpo humano y piernas terminadas en colas de pescado. *Eolo*, dios de los vientos y tempestades. Las *Sirenas*

eran ninfas cantantes con medio cuerpo de pájaro ó pez.

Los dioses infernales obedecían á *Pluton*, y tenía entre otras compañeras á las *Parcas*, viejas horribles, y á las *Furias*, no ménos espantosas.

Por último, se consideraron como semi-dioses á *Hércules*, representante de la fuerza bruta; *Esculapio*, padre de la Medicina, y á otros muchos que no cito, habiéndose además rendido culto á las divinidades bienhechoras de la *Felicidad*, *Esperanza*, *Piedad*, *Virtud* y el *Honor*, *Verdad*,

Paz, *Fe*, *Providencia*, *Fortuna*, *Ocasión*, *Amistad*, *Silencio*, *Muerte*, *Sueño*, *Fiebre*, etc., etc.

La pintura, escultura y arquitectura, la emplearon los griegos para dedicarla á los ídolos ya citados.

El *orden jónico* expresa un adelanto artístico, pues representa el tipo de la construcción llena de gracia, ligereza y elegancia á la vez. La figura 21 indica las diferencias esenciales de este orden con el dórico (figura 17). En el capitel se ven graciosas *volutas* que se atribuye su ori-

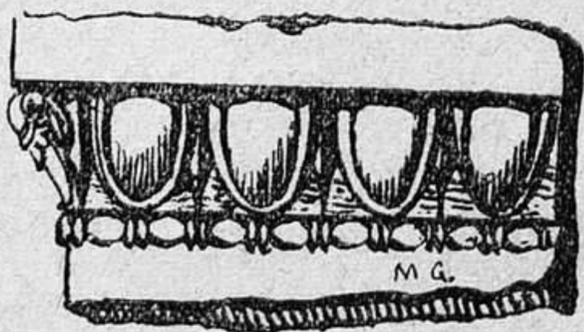


FIG. 22.—Moldura adornada con huevos y rosario de perlas.

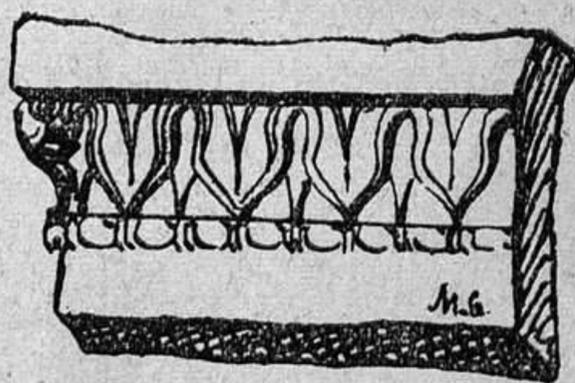


FIG. 23.—Moldura adornada con rayas de corazones.

gen al adorno análogo que se ponían las matronas griegas en su rizada cabellera, y también á dos carretes de hilo enlazados, ó á la forma de los cuernos de los corderos. El arquitrave está subdividido en tres fajas llamadas *platabandas*. En el friso no hay *triglifos*, que eran pequeños resaltos que anunciaban en el orden dórico las cabezas de las vigas del techo. A lo largo del friso se esculpían relieves simbolizando bellós tipos griegos. Así como en el orden dórico la columna tenía de alto seis veces la longitud del diámetro inferior, en el jónico estaba comprendida entre siete y diez veces, el fuste de las

columnas era de forma cónica. Además, se caracteriza por la *basa*, formada de dos gruesos anillos convexos, llamados *toros* ó *gran bocel*, y otro anillo cóncavo intermedio, que es la moldura que tiene por nombre *escocia*. Las figuras 22 y 23 representan la moldura *talon*, decorada ya de *huevos* ó con *rayas de corazon*, llevando en el *filete* de abajo un *rosario de perlas y lentejuelas*. Termino por hoy evocando á vuestra paciencia y amabilidad; con la diferencia que los antiguos tenían que hacer sacrificios sangrientos á sus dioses al evocarlos, y yo tengo que sacrificarle al corto espacio de que puedo

disponer en esta acreditada REVISTA DE LOS NIÑOS, para que en lenguaje preciso y familiar, os vayais *tragando insensiblemente* edificios, columnas, monumentos y demas, que verá el curiosillo lector, con el objeto de que pueda satisfacer *la gana* que todos tenemos de instruirnos como Dios manda, y sin necesidad de la ciencia infusa ó arte de birli-birloque que nos enseña el flamante *espiritismo moderno*, cuando quiere dejarnos turlatos con la evocacion de no sé qué clase de *espíritus parlantes, danzantes ó escribientes*, los cuales devanan

los sesos á muchas personas sensatas al poner su inteligencia debajo de las patas de un velador. Y basta ya para no hacer caso de los duendes, brujas y fantasmas de otros tiempos, y para reirnos tambien de las originales visiones del espiritismo, convertidas en el búu ó pesadilla de algunos infelices. Sin necesidad de espantajos, seguiremos con sano y natural espíritu inteligente recorriendo las manifestaciones del noble arte arquitectónico.

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.



HIMNO Á LA VÍRGEN

EN LAS

FLORES DE MAYO,

PUESTO EN MÚSICA POR EL MAESTRO ASPA.

CORO.

*Hoy, María, plegaria amorosa
Cruza pura la inmensa region ;
Óyela, benigna y piadosa,
Que es ofrenda de fiel corazón.*

1.^a

Gracia brota tu pecho divino,
Que al mortal su piedad alimenta
Y deshace la negra tormenta
Que el averno en su seno formó.

Eres astro que alumbra el camino
De extraviado infeliz caminante ;
Puerto ansiado de aquel navegante
Que en borrasca su rumbo perdió.

2.^a

Parda nube de viles pasiones
Oscurece la senda del cielo,
Y tronando descarga en el suelo
De mil vicios temido aluvion.

Mas tú aclaras las negras regiones,
Desenluta tu mano la esfera,
Y al que humilde tus dones espera
Le conduces á la alta Sion.

3.^a

Desviaste los rayos candentes
Que en su enojo lanzára el Eterno,
Cuando el triunfo cantaba el infierno
Y el malvado al Olimpo subió.

Y calmaste las olas potentes
Que agitaban el lago profundo,
Y las manchas del cieno del mundo
En sus aguas el hombre lavó.

4.^a

Que el aroma de flores derramas
En el seno del alma afligida :
Con tu fe y esperanza nutrida
Hácia el cielo sus alas guió.

Y la acoges benigna y la llamas
Con acento de Madre amorosa,
Presentándola pura y hermosa
En las gradas del trono de Dios.

M. J. PASCUAL.



EL VELLOCIÑO DE ORO.

Jason, hijo del rey de Yolchos, lanzado de su trono por un usurpador, fué, desde su infancia, puesto bajo la direccion del maestro más singular que se ha visto en el mundo, bien que yo no creo que se haya visto jamas.

El sabio maestro pertenecía á una raza de hombres, ó mejor dicho, de cuadrúpedos, llamados centauros. Vivía en una caverna. Tenía el cuerpo y las patas de un caballo blanco, y la cabeza, el pecho y la espalda de hombre.

Llamábase Chiron, y á pesar de su extraña naturaleza, pasaba por ser un excelente maestro de la juventud. Muchos de sus discípulos, más tarde célebres en el mundo, dieron testimonio de la profunda ciencia y singulares méritos del catedrático de cuatro patas: entre sus discípulos hay que contar nada ménos que á Hércules, Aquiles, Philocteto y Esculapio, que adquirió una famosa reputacion como médico.

El hábil Chiron enseñaba á tocar el arpa, á curar las enfermedades, á manejar el arco y la lanza, y desarrollaba la inteligencia de sus educandos con profundos conocimientos de todos los ramos del saber, nutridos en el plan de estudios que entonces regía. Debo advertiros que entonces no se conocía la aritmética.

Muchas veces he sospechado que

el Sr. Chiron no sería realmente de distinta naturaleza que el resto de los hombres, sino que por ser probablemente de un carácter sencillo y amable, y hombre de buen humor y graciosas ocurrencias, hacía creer por broma que era un caballo y recorría en cuatro piés su cátedra, dejando á los chicos que se montasen sobre él, todo por divertirlos y ganar amigos entre ellos. Sus pupilos, cuando ya eran hombres, contaban á sus chicos lo mucho que se habian divertido en la escuela del Sr. Chiron, y les hacian formar idea de que sus padres y abuelos habian recibido lecciones de un centauro, mitad hombre y mitad caballo.

Sea como quiera, el caso es que Chiron ha conservado siempre su fama de hombre-caballo, y la conservará miéntras dure el mundo. Chiron, con una cabeza de hombre llena de ciencia, tenía el cuerpo y las patas de un caballo. Figuraos á este singular profesor dando saltos de carnero en la cátedra, soltando una coz á un discípulo travieso, espantándose las moscas con la cola, y yendo, por fin, á casa del veterinario á que le pusieran las herraduras.

Jason, desde su más tierna edad, habitó en una caverna con su cuadrúpedo y apreciable profesor: sólo tenía cuatro meses cuando fué entregado á Chiron, y con él estuvo

hasta que se hizo hombre. A su lado adquirió una extremada habilidad como músico, una destreza sorprendente en el ejercicio de las armas, y grandes conocimientos de las plantas y de sus propiedades medicinales. Además, aprendió á montar admirablemente, no encontrando luego jinete que pudiera competir con él. Realmente, el sabio Chiron, por su doble forma de hombre y de caballo, debía ser un profesor de equitación inmejorable. Jason llegó á ser, bajo la dirección de tan gran maestro, un atleta de elevada estatura y de gran vigor, más de lo que ahora se llama un buen mozo, y un día pensó ir á buscar fortuna por el mundo, sin pedir consejo á su preceptor ni darle siquiera noticia de su proyecto. Hacía muy mal en esto, y espero que ninguno de los niños que me leen siga jamás el imprudente ejemplo de aquel señorito.

Sin embargo, algo pueden disculparle las circunstancias especiales en que se hallaba. Descendiente de reyes, no había podido olvidar que su padre, el rey Eson, había sido arrojado de su trono por un tal Pelias, que hubiera dado muerte á Jason, heredero de Eson, si no hubiese sido oportunamente llevado á la caverna de Chiron. Cuando Jason fué hombre, creyó que era en él estrecha obligación reivindicar sus derechos incontrastables al trono de su padre, y castigar debidamente al usurpador Pelias.

Resuelto á llevar á cabo esta gloriosa empresa, cogió una lanza en ca-

da mano, echó sobre sus hombros una piel de leopardo, para preservarse de la lluvia, y partió. La parte de su traje de que estaba más ufano consistía en un par de sandalias que habían pertenecido á su padre. Estas sandalias, ricamente bordadas, se ataban con unas correas. Su traje era, como podéis comprender, bastante pintoresco, y no extrañaréis en manera alguna que las mujeres y los chicos, en los pueblos por donde pasaba, salieran á balcones, puertas y ventanas, con curiosidad de verle, preguntándose á dónde iba aquel hombre con su piel de leopardo, sus dos lanzas y sus sandalias bordadas.

No sé qué distancia había recorrido ya, cuando llegó al borde de un abismo sobre el que caía un torrente que le cerraba el paso. La tumultuosa cascada estaba cubierta de espuma. Las aguas se agitaban con tal fuerza y ofrecían un espectáculo tan salvaje y tan terrible, que Jason, con todo su temerario valor, juzgó prudente detenerse. Entre las aguas aparecían de trecho en trecho puntas de rocas y ramas de árboles, y allí flotaban multitud de cadáveres de ovejas y vacas. El torrente, desbordado, había producido ya innumerables desastres.

Era demasiado profundo para atravesarlo á nado. Jason no veía medio de seguir su camino; una barca no hubiera podido sostenerse un momento sin hacerse mil añicos.

— ¡Pobre mozo! murmuró cerca una voz temblona. Debe saber muy

poco este mocito cuando tantas dificultades encuentra para atravesar un arroyuelo como ése. Sin duda tiene miedo de que se le mojen sus bellas sandalias. ¡Lástima que no esté aquí su cuadrúpedo maestro para que se montára en él y pasase al otro lado!

Jason miró alrededor, confundi-

do, y al volverse vió á su lado una viejuela envuelta en una capa toda rota, apoyándose en un baston, en cuya extremidad superior se veia una cabeza muy cuca de cuco. Parecia tener más años que Matusalen, y su rostro estaba lleno de profundos surcos y arrugas.

Sus ojos, sin embargo, del color



El sabio preceptor de Jason.

de los de un buey, eran tan hermosos y tan grandes, que, fijos en el mancebo, éste no podia apartar de ellos su vista. La vieja tenía en la mano una granada, bien que no era aquélla precisamente la estacion de las granadas.

—¿A dónde vas, Jason?, le preguntó.

Acaso extrañaréis que la vieja conociera el nombre del príncipe, pero aquellos ojos parecian conocerlo y

verlo todo, el pasado y el porvenir. Mientras que Jason la contemplaba, dió un silbido la vieja, y apareció junto á ella un magnífico pavo real.

—Voy, dijo el viajero, á obligar al malvado rey Pelias á que baje del trono de mi padre, y á ocupar yo este trono.

—Si ése es tu proyecto, repuso la vieja, no tienes necesidad de apresurarte tanto. Mira, hazme el favor de permitirme cabalgar sobre tu es-

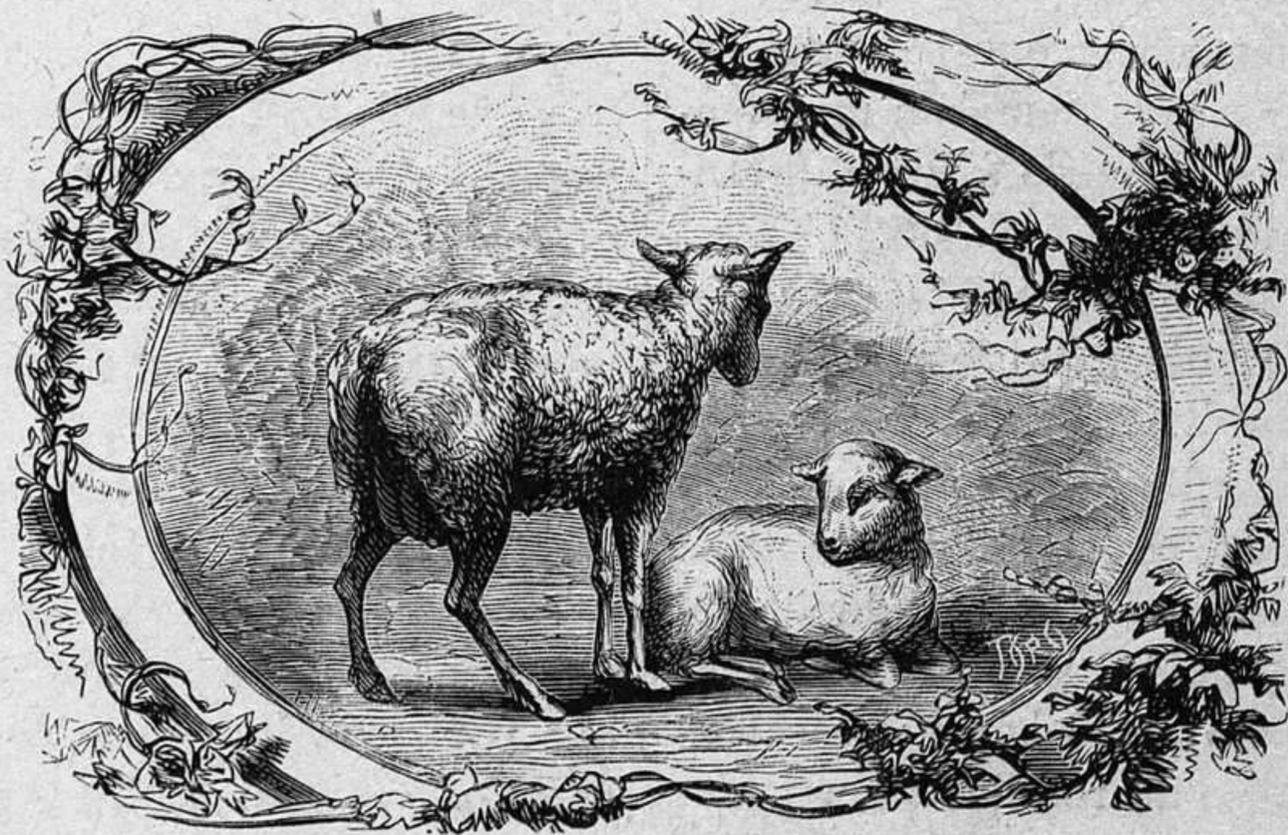
palda, y llévame al otro lado del torrente. Mi pavo real y yo tenemos también que evacuar asuntos urgentes y necesitamos pasar al otro lado.

— Buena mujer, respondió Jason, me parece que los negocios que usted tiene no son tan importantes co-

mo el de destronar á un rey, que es lo que yo pretendo. De buena gana quisiera hacerle el favor que me pide, pero no puedo. Dírame por muy satisfecho con poder pasar yo solo.

(Se continuará.)

NATANIEL AUTHORUL.



EL CORDERITO.

Habia una vez un corderito cuya lana era suave, fina como la seda y blanca como la nieve, el cual tenía una raya negra alrededor del cuello, que parecía un collar. ¡No se pueden ustedes figurar lo bonito que era!

Dicho corderito estaba con su madre en un campo en donde había muchas ovejitas y carneros.

Un sol espléndido brillaba en el puro azul del cielo; los pájaros cantaban en los árboles, y las flores lucían muy hermosos colores. Era una

hermosa mañana del mes de Mayo.

El corderito estaba muy alegre, y saltaba y movía su larga cola.

Perseguía á los otros corderillos y les hacía correr por el bosque, y los obligaba á cruzar los arroyuelos, cuyas orillas estaban guarnecidas de preciosas florecillas que se hallaban ocultas entre la verde hierba.

El corderillo creía que podría jugar sin cansarse todo el día; pero bien pronto el calor empezó á hacerse sentir fuertemente, y las brisas

dejaron de agitar las hojas de los árboles.

La madre de nuestro corderillo llamó á su hijo y le dijo que se acostara sobre la fresca hierba para descansar. Pero él, aunque queria mucho á la madre y le gustaba apoyar su cabeza sobre ella para dormir, encontró un tanto inoportuno el llamamiento que le hacía abandonar sus juegos; así es que se dirigió al sitio de donde le llamaban muy lentamente, y se quedó á gran distancia de su madre.

Ésta, que comprendió que su hijo tenía mal humor, no le dijo ni una palabra.

El corderillo habia corrido mucho y se le habia despertado el hambre. Sin embargo, no quiso pedir de comer á su madre, y se puso á hacer que pastaba como hacen los carneros. Se puso de rodillas para poder comer mejor, pero por más que hizo no pudo comer nada.

Estaba ya á punto de morder una hierbecita que habia encontrado, cuando oyó una débil voz que le decia:

—¡Ten cuidado, ten cuidado, que vas á destruir mis capullos!

Se detuvo al oír esto, y vió una margarita rodeada de cuatro capullos.

—No te vayas á comer mis capullos porque estás de mal humor: déjalos que se abran al sol y se conviertan en bonitas flores. Respétalas, corderito, yo te lo suplico.

—Bueno, respondió el corderillo, no les haré daño. Pero ¿de qué les

servirá la vida si no pueden comer jamas ni divertirse, y tienen que estar siempre inmóviles en este prado?

—Sí, dijo la margarita, lo comprendo; pero tambien pueden ser felices como lo fueron mis hermanas el año pasado. Esas te hubieran podido contar cosas maravillosas.

Veian la salida y la puesta del sol, las transparentes gotas del rocío y los tornasolados reflejos del arco iris, que sólo brilla despues de la tempestad. ¡Oh! ¡Eran bien dichosas!

—¿Entonces me hubieran podido decir muchas cosas de la noche? dijo el corderillo. ¡Me gusta mucho oír hablar de la noche!

—No, dijo la flor; ellas no sabian nada de la noche: cerraban los ojos y se dormian á la puesta del sol. Eran unas buenas y honradas niñas, que por nada del mundo hubieran abierto los ojos despues de concluir el dia.

El corderillo se preguntó si la margarita habria visto lo desobediente que habia sido cuando su madre le llamó á su lado, y sólo respondió:

—¿Es preciso obedecer siempre? ¿Es que nadie hace lo que quiere?

—¡No, nadie! dijo gravemente la flor, y es una fortuna; ya juzgarás por tí mismo.

—Adios, dijo el corderillo.

—Adios, respondió la flor, y siguió velando por sus botoncitos, que empezaban á entreabrirse, prometiendo ser un dia flores encantadoras.

El corderito continuó su camino, hasta que llegó á un sitio en donde

corrian alegremente algunos pollitos, cubiertos aún de blanca pelusita, pues sus plumas aún no habían nacido. Brillaban sus ojitos negros como si fueran de azabache, y metían la cabeza en el agua queriendo beber, y otras veces queriendo coger los insectillos al vuelo. Cerca de ellos estaba calentándose al sol una gallina.

—Estos pollitos sí que tienen el aire de hacer su voluntad, dijo el corderito, sin que les importe nada esa gallina, que quizás será su madre.

No había concluido de pronunciar estas palabras, cuando la gallina llamó á los pollitos, y estos obedientes animalitos corrieron, moviendo sus cortas alillas, á ocultarse debajo de las de la gallina.

Los pollitos vieron bien pronto recompensada su obediencia, porque un águila cortaba el aire con sus alas, y si no se hubieran apresurado á ocultarse bajo las alas de la gallina hubieran sido víctimas de ella, que los hubiera cogido para que sus hijuelos se los hubieran comido hechos pedacitos.

El corderillo vió que algunas veces conviene ser obediente, y se puso á reflexionar. De pronto oyó cerca un ruido que le inspiró cierto temor. Quiso ver por entre unos árboles qué era lo que lo producía, y vió un potro que venía galopando alegremente.

—Este, pensó el corderillo, está solo en el prado y no dejará de divertirse hasta la noche.

De pronto el potro, que había vis-

to á nuestro corderillo, se dirigió hacia él.

—¿Quieres alguna cosa, corderillo? le dijo.

—No, nada, respondió éste. Estaba viéndote galopar, y me preguntaba si te dejarían correr y jugar todo el día, lo mismo que haga calor que haga frío. ¿En dónde está tu madre?

—¡Mi madre! dijo el potro. Otras veces, cuando yo era pequeño, no me ocupaba de ella, pero desde que soy grande y fuerte vengo solo al prado y hago lo que quiero. Mientras tanto está mi buena madre trabajando.

Al oír esto el corderillo pensó que la margarita no conocía más que las costumbres de gentes poco más ó menos, é hizo formal propósito de contarle lo que hacía el potro.

Pero en el mismo momento llegó un hombre al prado, llevando en la mano un látigo que hacía sonar de un modo que al corderillo le dió miedo.

El hombre se fué derecho al potro y le puso una brida y un bocado (con gran sentimiento del corderillo), y le hizo galopar, trotar y saltar á su alrededor, dándole con el látigo algunas veces cuando no le obedecía pronto.

Después que hubo terminado la lección, el hombre le pasó la mano por el lomo y le dijo: «Vamos, veo que bien pronto serás un caballo obediente y bueno», y después se fué.

—¡Qué calor hace! dijo el potro al corderillo. Ya me había advertido

mi madre que me pasaria esto si la dejaba y me venía solo al prado. Sin embargo, tambien me advirtió que si á pesar de todo era obediente y trataba de tener contento á mi dueño podria ser feliz todavía.

—¿Y piensas ser obediente?

—Ciertamente; ¿no has visto qué bien he trotado hoy?

El corderillo pensó que ya era inútil hablar á la flor del potro, y se alejó.

El corderillo habia estado tanto tiempo léjos de su madre, que sentia cierto reparo de volver á su lado, y se preguntaba lo que debia hacer, cuando un enorme perro llegó al prado ladrando. Le dió tanto miedo que se puso á correr con todas sus fuerzas hácia el sitio en donde su madre descansaba en la sombra.

Ésta se levantó en seguida para defenderle, poniéndose delante del perro, el cual se retiró al verla, sin hacer daño al asustado corderillo.

—¿Has venido á buscarme cuando has visto al perro?

—Sí, respondió el cordero, y bajó la cabeza avergonzado al ver cómo su madre habia corrido á defenderle del perro, á pesar de su desobediencia.

—El sol se va á poner, dijo la madre; ¿tienes todavía ganas de correr por el bosque?

—No, respondió el corderito; quiero estar contigo; además, tengo mucha hambre.

—¡Oh! Creí haberte visto comer hierba.

—He ensayado á ver si podia, pe-

ro no he podido, respondió el cordero.

—Has sido malo y presuntuoso, dijo la cariñosa madre; pero como te veo arrepentido, no hablemos ya más de eso.

Y el corderillo satisfizo su hambre, y se acostó cerca de su madre ántes que el rocío de la noche humedeciera la tierra.

Las margaritas y todas las florecillas del campo descansaban. Los carneros dormian tambien; pero nuestro corderillo tenía tanto en que pensar, que no dormia.

Miró al cielo, y vió aparecer poco á poco las brillantes estrellas, y se preguntó si ellas sabrian tambien lo que era la obediencia. Pero las estrellas no podian contestarle. Bajó la cabeza y vió en la hierba una cosa que brillaba: era una gota de rocío; el corderillo no la habia visto nunca, y le habló así:

—Estrellita, estoy seguro que tú has descendido del cielo, y querria que me habláras de las que hay allí. ¿Allí se hace lo que uno quiere, ó es preciso obedecer como aquí?

—Yo no soy más que una gota de rocío, no he estado jamas en la region donde moran las estrellas; pero, sin embargo, las conozco, y ellas obedecen como todos; cuando el sol sale les dice: «Desapareced», y desaparecen; y cuando se pone: «Salid y brillad.»

¿Qué dirias tú si las estrellas brillasen de dia?

¡Qué oscura sería la noche sin las estrellas!

Miéntras la gota de rocío hablaba así, el corderillo cerró, á pesar suyo, los ojos y se durmió.

Al otro dia se despertó convencido de que todo obedece á una ley en este mundo, y que sin esa ley nada

iria bien. Así lo ha dispuesto Dios en su infinito poder y su incomparable sabiduría. Era el principio de la razon, y sólo por la razon se pasa de la infancia á la juventud.

EN LA NIEBLA.

(Continuacion.)

Mi caballo ha estado en la guerra, y ha sido herido tres veces, que bien se le conocen las heridas, y áun tiene una bala dentro. Y ántes de pertenecer al ejército era carlista, es decir, que lo tenía un jefe carlista; pero un dia se cayó el jefe, y el caballo ¿qué hizo? fué y cogió y echó á escape y se pasó á los nuestros, y cogiéndole el capitan, á quien le habian muerto el suyo, toda la campaña la ha hecho, y algunas veces, gracias á él, se salvó el capitan. Quedó inútil para el servicio militar, y vino á parar á mi berlina; pero, mire V., es una cosa que yo no sé..... pero yo le tengo cierto respeto á mi caballo, porque tambien los animales prestan buen servicio en la guerra, y mi caballo dicen que ha sido de los mejores que puede haber en un regimiento de caballería. Por eso siento que alguna vez no me contengo y le pego, y despues me da una pena como si hubiera pegado á un hijo mio. Algunos á quienes les hablo de esto me dicen que soy un tonto.

— No le importe á V. esa opinion.

Usted es un hombre de bien, y esos sentimientos le honran á V. mucho.

— Me alegro de que me diga eso un señorito como usted.

Y con esto se despidió el cochero, prometiéndole yo que siempre que necesitase coche buscara el suyo.

V.

Al salir el cochero recordé á los cuatro animales que habia dejado entrar en el portal de mi casa, y llamé al portero para que me diera noticias de ellos.

— Desde las cinco de la mañana, me dijo, empezaron á ladrar los endiablados perros. ¿No los ha oido usted?

— No; en mi vida he dormido mejor.

— Mi mujer estaba furiosa, y no sé cómo no se ha despertado toda la vecindad. Yo no me atrevia á soltarlos, porque V. los habia dejado entrar, pero mi mujer fué y se levantó y les abrió la puerta.

— Pero, diga V., ¿era que desea-

ban salir á la calle ó que pedían de almorzar? Ha hecho V. mal en dejarlos marchar sin darles el desayuno. ¿No almuerza V. todas las mañanas?

—Señorito, mi mujer les dió libertad porque los animales estaban ya cansados de encierro y para tranquilidad de la casa. ¡Pues apenas alborotaban! Y luégo, como V. quiere tanto á los animales, entiende lo que quieren y lo que dicen; pero nosotros no hemos entendido nunca el lenguaje de los animales.

Esto era una impertinencia y despedí al portero, haciéndole comprender que efectivamente entendía el lenguaje de los animales, toda vez que le entendía á él perfectamente.

Y lo sentí, porque todavía tenía que darme el portero noticia de un acto que le disculpaba á mis ojos. La mujer habia adoptado al cuarto de mis huéspedes al gato, pero no habia sido precisamente por caridad, sino por egoismo, para que persiguiera y exterminára á los ratones.

A las once salí de casa y fuí á almorzar con mi ahijada Mariquita, y como me pedia que le contase algo, le conté lo que acabo de referir.

—Ya ves, papaito, dijo á su padre, cómo la niebla es cosa muy bonita, porque á no ser por la niebla, mi padrino no hubiese tenido nada que contarme hoy.

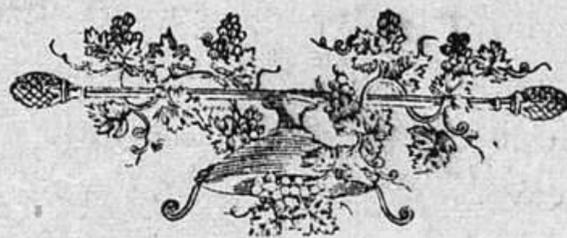
Su padre le dijo que la niebla habia causado muchas desgracias; habíanse caído muchas personas, lesionándose gravemente; del viaducto habian caído dos niños, quedando muertos en el acto; en el rio se habia ahogado una lavandera.

—Pero esto, añadió, no es nada comparado con las desgracias que puede producir la niebla en los caminos, donde se pierden los viajeros, y caen todos, caballos y hombres, en los abismos, rodando por los precipicios; en el mar, donde chocan los buques y se ahogan miles de personas y se pierden cuantiosos intereses; en los caminos de hierro, donde los trenes descarrilan y chocan, ocasionando muertes y heridas. Ya ves, hija mia, cuantos daños puede haber en un dia de niebla.

Mi ahijadita calló, y reflexionó, sin duda, la razon con que hablaba su padre, y ya no se atrevió á insistir en su idea de que la niebla es una cosa muy bonita.

(*Se continuará.*)

P. J. STAHL.



EL TESORO.

(Continuacion.)

Cárlos, que habia escuchado este suelto con grande atencion é interes, no pudo ménos de lanzar una exclamacion:

— ¡Doce millones! repitió en tono de asombro.

— Con eso le servirán, dijo el veterano, para comprarse un ojo de cristal y un brazo mecánico.

— Esa sí que es una fortuna, dijo Cárlos, que no habia escuchado las reflexiones de su tio.

— Y que no se ha ganado á crédito, dijo el anciano.

— Diez y ocho años de trabajos y de padecimientos, murmuró Susana repasando el periódico.

— ¿Qué importa, cuando al fin se tiene una fortuna? repuso Cárlos con viveza; esto no es difícil, y no es emprender un mal camino ni soportar un tiempo tan malo como el presente, para no conseguir nada, ni estar siempre marchando, para nunca llegar á ninguna parte.

— De suerte que tú, dijo Susana, mirando á su primo con timidez, por la fortuna del encuadernador darias todos tus años de juventud y uno de tus ojos..... y una mano.

— ¡Por doce millones!..... ¡Yo lo creo!..... ¡De buena gana! Búscame comprador á ese precio, y te aseguro un dote bastante lucido.

La jóven volvió la cabeza sin res-

ponder; su corazon se habia llenado de una amarga tristeza, y una lágrima corrió por su sonrosada mejilla.

Vicente tambien guardó silencio; volvió á retorcerse el bigote con aspecto de indiferencia, y los actores de esta escena estuvieron un rato sumergidos en el mismo pensamiento; pero las ocho sonaron en el reloj de una iglesia inmediata, y Susana se levantó con viveza y comenzó á preparar el cubierto para la cena.

Cárlos, que habia pasado las últimas horas del dia en diversiones con sus amigos, no tuvo gana de cenar, y Susana se encontraba sin apetito; de manera que sólo el veterano hizo los honores á su frugal comida, pues las pruebas de la guerra le habian acostumbrado á conservar los privilegios del estómago en medio de toda especie de emociones.

Sin embargo, concluyó de cenar muy pronto, y volvió á ocupar su sillón, situado cerca de la ventana.

Despues que Susana lo hubo arreglado todo, experimentó la necesidad de estar sola; tomó una luz, besó la mano del anciano y se retiró á su cuarto; y Vicente y Cárlos se encontraron solos frente á frente. El jóven tambien se disponia á dar las buenas noches á su tio; pero el viejo soldado le dijo por señas que

echase el cerrojo á la puerta y que se aproximára.

—Tengo que hablarte, le dijo con seriedad.

Cárlos, que preveía reprensiones, permaneció de pié delante del anciano; pero éste le mandó sentar.

—¿Has pensado bien en tus últimas palabras? le preguntó, mirando á su sobrino. ¿Eres capaz de un grande esfuerzo para lograr una buena fortuna?

—¿Yo?..... ¿Puede usted dudarlo? dijo Cárlos, sorprendido de la pregunta.

—De modo que te hallarás dispuesto á tener paciencia y á trabajar sin interrupcion, á fin de cambiar de suerte.

—Si esto puede servirme para algo. Pero ¿á qué viene esa pregunta?

—Vas á saberlo, dijo el anciano, que abrió el cajon de una comodita, en el que guardaba varios periódicos antiguos.

Estuvo rebuscando entre las hojas impresas, y halló una, que abrió, y mostró á Cárlos un artículo señalado con la uña.

El jóven encuadernador leyó á media voz lo que sigue:

«Acaban de hacerse algunas inda-

gaciones relativamente á un depósito oculto á orillas del Duero despues de la batalla de Salamanca. Parece que durante esta famosa retirada una compañía perteneciente á la primera division, encargada de la custodia de muchos aprestos de guerra, se separó del cuerpo del ejército, y atacada por fuerzas superiores, fué inútil todo género de resistencia. El oficial que la mandaba, viendo que no habia esperanza de poder escapar, aprovechó la noche para esconder debajo de tierra los cajones, para lo cual se valió de algunos soldados en quienes más confianza tenía, y seguro de que nadie podria descubrirlos, mandó dispersar á su tropa para que aisladamente cada uno pudiese alejarse del enemigo: algunos lograron incorporarse á la division; pero el oficial y los soldados que conocian el sitio donde estaban los cajones enterrados perecieron en esta fuga. Aseguran que estos cajones contenian todo el dinero del cuerpo del ejército, esto es, una suma de tres millones de reales.»

Cárlos se detuvo, y miró al inválido con una fijeza extremada.

(Se continuará.)

